

UNA LEICA EN LA SOMOZA

Eduardo Sobejano Fuertes



–Juanjo, avisa a tu padre de que ya ha llegado la familia.

Salí corriendo por las calles del pueblo inundadas tras la última tormenta. El año pasado tía Julia me había regalado un caramelo que me duró dos semanas, quería saber si este año habría otro en su maleta. Dejé atrás el caseto de Romualdo, cogí el camino corto que me obligaba a meter los pies en el río y salí al monte. Papá había salido a cazar con Inocente, el médico de Villapreciosa. Papá era un buen cazador, al menos eso se decía en el bar de la Laguna; su amigo Ino se limitaba a fotografiar los parajes y los lances, y aunque feroz devorador de libros, disfrutaba con el olor a hierba mojada, las sendas inexploradas y las reacciones de los animales. Los acababa de ver en la finca del Morredero, me acercaría más, no quería gritar, ahuyentaría la presa y Lalo, el spaniel bretón, vendría a saludarme. Vi al perro bajar la cabeza rozando la hierba deshelada y haciendo un zigzag olfatear hasta echarse, seguro que estaba fijando la perdiz. La vi arrancar el vuelo con el pico rojo haciendo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y sin haber alcanzado los dos metros, papá encaró el arma, presionó el gatillo y amortiguando el retroceso vio la pieza caer y a Lalo correr hacia ella y traérsela babada. Entonces sí que les grité: «¡ole!». Ino trataba de enfocar las plumas mientras se movían en el cinturón del cazador. Hoy le volvería a pedir que me enseñase a revelar fotos.

–Mamá ha dicho que la familia ha llegado –dije.
–Hoy es víspera de Reyes, ¿verdad Juanjo? –me preguntó el médico.
–Sí, ha venido mi familia de León –contesté.

–Cumpliste diez años hace unos meses, mañana vendrás después de comer a casa.

Colgada sobre un gancho en la cocina vieja estaba la liebre que había cazado ayer mi padre. Yo quitaba la piel a las patatas y las cortaba dando un giro de muñeca en el último momento como me había explicado la abuela. Mientras, mamá y la tía preparaban unos pimientos asados y una empanada de carne. Ya habían echado dos troncos de madera seca al fuego y el acero estaba caliente. El olor llegaba hasta la fuente de la plaza.

A mí no se me iba de la cabeza la frase del médico: «cumpliste diez años...después de comer ven a casa». Salí con los primos por el pueblo, y como cada año fuimos a buscar a Tato, un niño de Barcelona que pasaba aquí las fiestas, llegamos al estanque, subimos al campanario y les llevé a ver unas inscripciones que había descubierto en el refugio de cazadores.

Por fin había terminado la comida de Reyes, era hora de ir hasta Villapreciosa. Fui a por la Orbea, el cuadro estaba recién pintado de azul, ahora era tan bonita como la de Perico Delgado.

La casa de Inocente era de piedra, tenía dos pisos y un sótano. Nos saludamos y me dio dos palmadas en la espalda. Me sentó en una silla y me explicó que su tío, oscense, cuando era un chaval, después de una salida por Ordesa, le había sentado en una silla. Dijo que era la hora de que pudiese plasmar los recuerdos, interpretar los acontecimientos y ser dueño de la memoria. Entonces, en una bolsa roja aterciopelada, me dio su Leica. «Yo quiero que tengas mi segunda cámara, la Nikon, la compré con mi primer sueldo, tuve que recorrer toda la sierra de Francia viendo pacientes para juntar el dinero, pero mereció la pena, ha sido mi ilusión durante muchos años».



Iglesia de Villalibre de Somoza.
(Fotografía de Pablo Pérez García)

–Ven. Toma –dijo.

Dejó caer sobre mis manos una caja de madera pesada, la abrí, se me empaparon los ojos de lágrimas. Le miré, a él le pasó lo mismo.

–Mira por ahí, eso se llama visor, apunta a mi cara, soy yo. La luz pasa por un diafragma, es reflejada por un espejo, llega a un prisma y por fin me ves a mí.

La miraba y no veía más que números y botones. Creo que Ino se dio cuenta.

–Eso es una zapata de flash, más adelante te enseñaré para qué se utiliza, y aquí la palanca de arrastre: desplazas la película hacia la derecha cada vez que disparas. ¿Sabes lo que es una película? Mira, es esto.

Sacó una tira marrón de plástico enrollada.

–La luz se captura en ella, es de plata. La luz de la que te hablaba pasa por un obturador durante poco tiempo, y con un diafragma regulamos la apertura de luz. Te irás familiarizando con estos números, piensa que tienes que disparar tu foto soñada, capturar lo que sientes, un momento de la realidad, pero para ello controlarás lo que quieres abrir el diafragma y la velocidad de obturación, también la sensibilidad, esas tres cosas principalmente, te estoy volviendo loco. Con este dial, con este las velocidades y la sensibilidad. Y con estos anillos enfocarás. Pon el ojo en el visor, mírame, mueve esa rueda, venga, hacia la derecha, me desenfocas, ¿te das cuenta? Busca el punto.

Me encontraba atónito. Ver el mundo por medio de una lente.

–Hazte con ella, ¿cuándo empiezas la escuela? –apuntó Ino.

–Me quedan dos días todavía –respondí.

–Mañana creo que se levantará un día bueno para la fotografía. Diles a tus padres si puedes venir, colocamos un carrete y salimos al campo.

Pasé la noche mirándola, tocándola, imaginando por dónde iba la luz, jugando con los enfoques. Echando para atrás la palanca de arranque sonaba como una especie de disparo. Al día siguiente cogí la Orbea a primera hora, estaba amaneciendo, toqué a la puerta del médico. Seguro que llevaba levantado varias horas. Me había hecho un dibujo, en un eje estaba escrito: «apertura de diafragma», en el otro la velocidad de obturación. Me dijo que debía tratar de mantener la ISO sobre doscientos, que si la aumentaba podría hacer fotos con menos luz pero que tendría más ruido, que él prefería bajar la velocidad y abrir más el diafragma.

–Vamos fuera, venga –ordenó.

Subimos al Alto de Sanamede, me llevaba fatigado, mi padre había dicho que Ino de joven fue deportista, yo todavía era un crío.

Le noté emocionado. Dijo: «vas a disparar tu primera foto, vas a elegir tú a qué disparar». Dije: «esos robledales, ahí pasé mucho tiempo con mi abuelo».

–Estupendo. Para los paisajes hay que buscar profundidad de campo, así que cierra el diafragma, eso es, ahí, f/16, y la velocidad a 1/25, perfecto, respira profundo, enfoca, que quede nítido. ¿Lo tienes? Venga, presiona el disparador. «Zas», sonó como las otras veces, pero mejor, más bonito, para mí sonó un ruido de libertad.

Pasamos el día caminando, hablando. A pesar de mi edad entendí lo que había significado la fotografía para él, hablaba de ella con devoción. De repente, vimos un corzo. Emocionado, me dijo: «ahora tienes que congelar el movimiento, más luz, aumenta la velocidad de obturación, así, como si tirásemos con flash. Lanza».

«Zas», otro momento mágico.

–Venga Juanjo, fíjate en sus ojos, enfócalos. Que se vea el cielo. No muevas la cámara. Prueba otra vez. Dentro de un mes, te mostraré algo. Vendrás a casa a revelar tus fotos. Utiliza estas semanas para practicar, juega con la cámara, piensa que ella sin ti no es nada, pero tú sin ella ya no serás el mismo.

No la llevaba a la escuela, pero solo pensaba en volver a casa, hacer los deberes, y salir a buscar aves,

era lo que más me gustaba. Sabía que tenía treinta y seis oportunidades, y quería impresionar a mi amigo. Subía al alto de Sanamede y buscaba el vuelo del cernícalo, que, como siempre decía mi padre, se cierne, se para en el aire, era fácilmente reconocible. También me gustaba retratar las caras de los abuelos, sus arrugas y su mirada, pensé que podían lucir en el papel. Los días pasaban y el contador de disparos, que por entonces era mi mayor pesadilla, anunciaba que había terminado el carrete. Faltaba todavía una semana para el día en el que nos volveríamos a ver Ino y yo, pero el sábado fui a su casa. Le cogí de sorpresa. Casi pidiendo perdón, le dije que había terminado las oportunidades antes de tiempo. Se echó a reír. Bajamos al sótano. Tal vez, por fin me enseñaría a revelar.



La sierra del Teleno
entre Priaranza de la Valduerna y Luyego de Somoza.
(Fotografía de Miguel Ángel Fuertes Manjón)

—Juanjo, la película se revela, ¿quieres ver a tu padre hace veinte años? Te lo enseñaré.

Abrió un archivador, y pasando páginas de papel fino y separadores de plástico, buscamos una tira con seis negativos. No veía nada.

—Lo tienes que poner al trasluz —me dijo.

Ahí estaba sin barba, riéndose junto a mi madre.

—¿Ves esto? Son contenedores, aquí está el estabilizador, aquí el *blix* y aquí el revelador. Ahora vamos a pasar a la habitación oscura. Trae tu cámara.

Presionó el botón de rebobinado, abrió el carrete y sacó el rollo del negativo.

—Piensa que cuando te vayas a estudiar a Salamanca, a lo mejor tendrás que hacer experimentos en un laboratorio, lo primero es la seguridad del proceso, lo segundo saber por qué lo estás haciendo, lo tercero seguir el proceso con pulcritud, lo cuarto repetirlo muchas veces y lo quinto, la pasión que

pongas en ello. Aquí tenemos que controlar tiempos, cantidades, temperaturas, posiciones. Venga, trae la película al tanque de revelado, remójalos, ahora el revelador, calma. El siguiente paso será lavar la película y echar el estabilizador.

Fuimos paso a paso, yo no daba crédito, era más increíble de lo que hubiera podido soñar, ahí se podía ver el cernícalo, en pequeño sí, pero estaba.

—Juanjo, ¿ves esas cuerdas? —me preguntó.

—Cuélgalo, una pinza por encima y otra por debajo, y ahora vamos a beber algo, llevará tiempo.

Al cabo de unas horas bajamos de nuevo al sótano.

—Corta y guárdalo. Ahora tendrás que repetir esto tantas veces como puedas, te convertirás en un buen fotógrafo.

El año pasó rápido, mi afición siguió creciendo. Un señor me dio una revista de fotografía, cogí todos los trucos. Ino disfrutaba enseñándome, aunque decía que pronto no tendría más que enseñarme. Cuando cumplí catorce años, me dio la llave de su casa para poder revelar cuando me pareciese. Me parecía excesivo, pero por entonces Ino y yo éramos buenos amigos, no solo me hablaba de fotografía, también del funcionamiento normal del cuerpo, de los músculos, de las enfermedades, del mundo, de las costumbres de los pueblos, de las pasiones del ser humano, de cómo comportarme cuando conociera a una mujer, de cómo esforzarme para hacer buenos exámenes, y de cómo optimizar el tiempo para disfrutar de todo lo bueno que ofrecía la vida.

Un día lluvioso, decidí ir hasta su casa. No estaba. Quise revisar unos negativos de una flor que había fotografiado un tiempo atrás, pero no lo encontré. Vi una caja de latón al final del armario, qué curioso, no la había visto antes. La abrí. Había tiras sueltas, fui a la ventana para ver de qué se trataba. Era siempre la misma mujer, tenía los ojos grandes, tal vez azules o verdes, tal vez negros, sí, negros, su pelo era oscuro, su mirada era desafiante, en todas las fotos llevaba sombrero, y vestidos claros y oscuros, sonría a veces, pero otras no, su belleza era salvaje. Junto a los negativos había un recorte de periódico donde estaba escrito: «Te deseo lo mejor en París, llévame contigo». Cerré la caja, dejé todo como estaba. Marché.

Jamás hablé de ese episodio con Ino. Él tampoco me habló nunca de ella, creo que hay una etapa de su vida que no le gusta recordar. Pero esas fotografías le habían permitido ser dueño de su memoria. Un día interpretó los acontecimientos.